

La ficción de modernidad

La cultura, entendida como las formas de hacer, pensar y sentir de los individuos miembros de una sociedad, es uno de los determinantes de la pobreza. Esta dimensión de la pobreza recurrentemente es dejada de lado por las dificultades de verificación empírica que supone el manejo de variables que, hasta hace poco, no podían ser mensurables. El desarrollo de las técnicas de medición y de procesamiento de datos ha permitido que lo que hasta hace poco se mantuvo en el campo de las hipótesis o del anecdótico, hoy puede ser abordado con mayor objetividad. El artículo que a continuación se presenta es un resumen de los primeros resultados arrojados por un estudio de campo que recogió información de más de 14.000 familias venezolanas, en el cual se trata de establecer las conexiones explicativas entre las creencias y las preferencias valorativas de la cultura de la sociedad venezolana, sus disposiciones para la producción, el éxito económico y la situación material.

Cultura

Mikel de Viana, S.I

Sociólogo, Ms. Filosofía y

Teólogo Moralista.

Profesor de la UCAB.

El módulo "Factores culturales y pobreza" de la investigación "*La pobreza en el subdesarrollo. Un estudio interdisciplinario de aproximación a las causas y posibles soluciones al problema de la pobreza en Venezuela*", parte de la hipótesis según la cual, las creencias y los modos de evaluación o preferencias valorativas característicos de la cultura dominante de la sociedad venezolana afectan las disposiciones y capacidades de los individuos para el éxito económico, para la producción y la productividad, constituyéndose en factor interviniente en la causación del complejo problema de la pobreza de la mayor parte de la sociedad.

Circula un amplio anecdotario acerca de las relaciones entre la cultura venezolana "tradicional" o "popular" y la pobreza. Ese anecdotario supone que la sociedad venezolana no llega a ser próspera y productiva por la presencia de elementos culturales (creencias colectivas, valores, normas, conductas más o menos institucionalizadas) que bloquean conductas individuales y modos de funcionamiento propios de una sociedad productiva. Ahora bien, esta particular relación entre el factor cultural y la pobreza, hasta ahora, no había sido sometida a prueba empírica en Venezuela. Evidentemente, por sí solos, los factores culturales no son decisivos de las condiciones concretas de vida de una colectividad. Más bien, constituyen un componente del complejo sistema de factores causales y condicionantes de la vida material de la colectividad: desde las estructuras cognoscitivas y motivacionales de los individuos, las creencias, los esquemas valorativos y las normas que de ellos se desprenden, condicionan la acción individual, de modo que, a mediano y largo plazo, incentivan determinadas conductas y desestiman otras.

La interdisciplinariedad del enfoque de la presente investigación se deriva de la convicción de que la causación —y la "solución"— del problema de la pobreza incluye necesariamente tanto a los factores estrictamente económicos, como a los político-institucionales y a los culturales; aunque ninguno de estos factores, considerado aislado o exclusivamente, es suficiente en orden a la explicación de la pobreza.

Por lo que toca a los factores culturales, como se ha indicado en otro lugar de esta publicación (Cf. España, Luis Pedro, "Un mal posible de superar",

p.9), aún en el caso de que se alcanzara un crecimiento económico apreciablemente superior al ritmo de crecimiento poblacional, y las intervenciones político-institucionales del Estado contra la pobreza fueran acertadas, si no se produce la modernización de las estructuras culturales de la mayor parte de la colectividad venezolana, es seguro que una fracción apreciable de la población permanecería excluida de los beneficios colectivos y que la evolución conveniente de las variables asociadas con el bienestar social se detendría más pronto que tarde.

En otras palabras, la modernización de la cultura venezolana es fundamental para el mantenimiento y la sostenibilidad de condiciones sociales en las que la pobreza material ha sido razonablemente superada.

EL FACTOR CULTURAL

La cultura aporta los parámetros que dan sentido y regulan las conductas individuales, y se estructura al menos en tres planos o niveles: las creencias, las estructuras valorativas y los sistemas normativos.

LAS CREENCIAS

Los individuos, en su interacción con el entorno social —donde el proceso de socialización desempeña una función primordial— asimilan informaciones que terminan ensamblándose en una representación o modelo mental de la realidad. El modelo o mapa de la realidad íntegra, formado un todo congruente, un conjunto de creencias, es decir, afirmaciones que se consideran verdaderas y que son nuestras interpretaciones de la experiencia.

Conviene destacar el papel activo del individuo como "procesador" de información: el modelo de realidad es construido o elaborado, y no meramente asimilado o copiado pasivamente. Ese modelo o mapa de la realidad actúa como regulador y determinante tanto de los procesos cognoscitivos como de la misma acción del individuo. Las creencias son como filtros que afectan la percepción que tenemos del mundo, de los demás y de nosotros mismos: constituyen el sustrato más profundo de una cultura; sobre ellas se construye el complejo de las estructuras valorativas y de las normas de acción.

Interpretamos el mundo con ayuda de los mapas de la realidad que hemos recibido en el proceso

de socialización y que fueron diseñados a partir de experiencias del pasado. Lo más fácil y frecuente es el uso de los mapas prefabricados, que se basan en las experiencias del pasado de los miembros de la colectividad. Por este motivo, la gente vive en el pasado mucho más de lo que solemos imaginar; no puede maravillarnos que los "cambios mentales" sean normalmente más lentos y se produzcan con cierto rezago respecto a los cambios en la llamada "cultural material".

En el ámbito de nuestra investigación hemos prestado atención a las creencias referidas a la atribución de causalidad: aquéllas por las cuales los individuos se explican los cambios que se producen en la realidad que viven. Se llama "*foco o locus de control*" a la instancia a la cual el individuo atribuye la causalidad de la ocurrencia de cambios o transformaciones en la realidad que él vive. En términos generales, es posible distinguir entre foco de control externo y foco de control interno.

a. La noción de foco de control externo está asociada a la creencia de que la ocurrencia de cambios en la realidad es independiente de la capacidad, voluntad y conducta del individuo. Los cambios en la realidad son percibidos como consecuencia del azar, el destino, la suerte o de la acción y control de otros agentes ajenos; o al menos, son cambios impredecibles e incontrolables debido a la gran complejidad de las fuerzas que rodean al individuo.

La creencia en el locus de control externo está asociada a otras creencias como por ejemplo: la impermeabilidad de la realidad respecto a las iniciativas del individuo, la complejidad hasta el punto de irresolubilidad de los procesos de la realidad, la injusticia de las relaciones sociales.

b. La noción de foco de control interno está asociada a la creencia en que la ocurrencia de cambios en la realidad depende, para su aparición y desarrollo, de la propia acción. La noción de foco de control interno está asociada con creencias como por ejemplo: la capacidad de intervención personal sobre la realidad, un mundo en el que las dificultades y problemas tienen solución, la posibilidad de un orden de relaciones justo, que responde a las intervenciones de los individuos, los asuntos públicos pueden ser dirigidos mediante la acción y presión de los interesados.

Como veremos más adelante, la noción de "foco

interno de control" está asociada a las "precondiciones mínimas de modernidad" y el proceso de modernización cultural está íntimamente asociado a la presencia y desarrollo de las creencias correspondientes al "foco interno de control".

LAS ESTRUCTURAS VALORATIVAS

Las estructuras valorativas están constituidas por los valores propiamente dichos, y por los modos de evaluación o preferencias valorativas. Los valores son condiciones abstractas o estados de cosas altamente apreciados en una determinada cultura. Los modos de evaluación o preferencias valorativas, por su parte, son las reglas empleadas para evaluar individuos, objetos, situaciones y acciones. Toda relación social expresa preferencias valorativas. Gracias a los modos de evaluación o preferencias valorativas, el mismo valor puede ser percibido de modo distinto en contextos culturales diversos. El proceso de evolución cultural permite descubrir nuevas relaciones entre valores y hacer reajustes a su jerarquización. En la perspectiva de nuestro estudio no hemos prestado atención a los valores propiamente dichos. Nos parece poco útil en orden a nuestros propósitos la cuestión acerca del contenido de los valores, es decir, la pregunta acerca de qué es altamente apreciado culturalmente: es perfectamente posible que culturas muy diferentes afirmen valores muy semejantes. Lo realmente decisivo son los modos de evaluación o preferencias valorativas que establecen las relaciones entre valores y su correspondiente jerarquización. Los clásicos de la antropología cultural solían decir que las culturas difieren más en el grado o nivel de organización y complejidad que en sus contenidos. En relación con las estructuras valorativas se puede afirmar análogamente, que difieren más en los modos de evaluación o preferencias valorativas que en el contenido de los valores. Los modos de evaluación o preferencias valorativas han sido tipificadas en un conjunto de cinco dicotomías.

a. Afectividad • Neutralidad afectiva:

Esta dicotomía se refiere a la autodisciplina del sujeto, y concretamente, al modo en que manejan las gratificaciones de sus deseos y necesidades subjetivos. En el tipo "afectividad" los actores dan prioridad a la satisfacción de sus deseos y necesidades subjetivas persiguiendo la gratificación in-

mediata de los mismos, y prescindiendo de la ponderación de las consecuencias a mediano y largo plazo. En el tipo “neutralidad afectiva”, el actor pondera las consecuencias de su acción en el mediano y largo plazo, inhibe la expresión de sus sentimientos e impulsos subjetivos y difiere las gratificaciones inmediatas en aras de gratificaciones futuras, de carácter objetivo.

b. Particularismo • Universalismo:

Esta dicotomía se refiere al modo en que se evalúan las situaciones. El particularismo es la preferencia valorativa que prescribe actuar en función de lealtades particulares. El universalismo es la preferencia valorativa que prescribe actuar en función de principios y normas universales y abstractas.

c. Adscripción • Desempeño:

Esta dicotomía se refiere a los criterios empleados para la valoración de los actores sociales. La adscripción es la preferencia valorativa que prescribe evaluar a los actores en función de su posición social y las relaciones en las que participan, es decir, independientemente de los méritos individuales. El desempeño, por su parte, prescribe evaluar a los actores sociales en función de sus habilidades, logros y desempeños individuales.

d. Difusividad • Especificidad:

Esta dicotomía se refiere al modo como los actores enfrentan sus roles. La difusividad es la preferencia valorativa que prescribe enfrentar los propios roles actuando como “personas totales”, sin distinguir espacios, tiempos y contextos (público vs. privado, personal vs. profesional, individual vs. colectivo). La especificidad, en cambio, prescribe el enfrentamiento de los roles en términos de dedicaciones fragmentarias y claramente delimitadas, distinguiendo efectivamente espacios, tiempos y contextos.

e. Orientación hacia sí • Orientación hacia la colectividad:

Esta dicotomía se refiere a la autodisciplina del sujeto y especialmente a los intereses que se privilegian en la actuación social. La orientación hacia sí prescribe la atención prioritaria a los propios intereses, que privan sobre los colectivos. La orientación hacia la colectividad establece la prioridad de los intereses colectivos (comunitarios, organizacionales, corporativos, políticos) sobre los propios en contextos públicos.

En las sociedades tradicionales —con reducido número de miembros, economías de subsistencia y estructuras sociales simples que parecen extensión de los vínculos “naturales” de la familia y los grupos primarios de pertenencia—, son claramente dominantes los modos de evaluación o preferencias valorativas de afectividad, particularismo, adscripción, difusividad y orientación hacia sí.

En las sociedades modernas —de dimensiones masivas, economías altamente productivas y estructuras sociales de creciente complejidad—, los espacios públicos o colectivos son creados contractualmente, es decir, no aparecen como prolongación de los espacios privados del parentesco y la pertenencia primaria, sino que están pautados institucionalmente. En esos ámbitos públicos o colectivos, es decir, en las instituciones modernas son dominantes los modos de evaluación o preferencias valorativas de neutralidad afectiva, universalismo, desempeño, especificidad y orientación hacia la colectividad. Los modos de evaluación o preferencias valorativas de afectividad, particularismo, adscripción, difusividad y orientación hacia sí, no desaparecen de las sociedades modernas, sino que en ellas quedan cuidadosamente limitados al ámbito de la vida privada y los grupos primarios de pertenencia.

MODERNIZACIÓN CULTURAL

Como hemos indicado, la modernización de la cultura venezolana es fundamental para el mantenimiento y la sostenibilidad de condiciones sociales en las que la pobreza material ha sido razonablemente superada. Pero hay un conjunto de condiciones mínimas de modernidad:

a. El uso de la racionalidad instrumental, del que depende la consideración de posibilidades y viabilidades objetivas.

b. El establecimiento de una relación con la naturaleza centrada en el sometimiento transformador mediante la ciencia y la tecnología aplicadas a la producción material.

c. El establecimiento de una ética universalista.

d. El establecimiento de sistemas de normas abstractas que constituyan las reglas de juego de los espacios públicos (derecho, mercado, etc.).

Estas condiciones mínimas de modernidad están asociadas tanto con un sistema de creencias caracterizado por el foco interno de control como por el establecimiento de los modos de evalua-

ción o preferencias valorativas de neutralidad afectiva, universalismo, desempeño, especificidad y orientación hacia la colectividad en los ámbitos públicos o colectivos institucionalizados.

Conviene tener presente que los dos últimos siglos de la historia de Venezuela pueden ser revisados en la perspectiva de los reiterados intentos de inducir —desde las élites ilustradas o desde el Estado rentista— el proceso de modernización. El resultado de esos intentos, a fines del s. XX, ciertamente no es una “sociedad moderna” en el sentido convencional de la expresión, sino otra preñada de tensiones y discontinuidades, edificada sobre una matriz cultural híbrida que condiciona todos los modos y planos de relación, al punto que los espacios públicos institucionalizados, bajo las apariencias modernas, en realidad funcionan según la lógica de los modos de evaluación y preferencias valorativas premodernas.

Para ejemplificar lo dicho, consideremos la distribución de la población del área metropolitana de Caracas y la Región Central del país¹ en relación a un índice que mide internalidad o externalidad del foco de control.

Tabla No.1 Creencias: Foco de Control
Población mayor de 18 años para 1997-98
Región Central y Gran Caracas

	Continuum	Bipolar
C. Externo	31,10%	87,70%
C. Externo Moderado	56,60%	
C. Interno Moderado	11,60%	12,30%
C. Interno	0,70%	

En la columna de la derecha han sido añadidos los porcentajes para consolidar dos tipos polares. El 87,7% de la población presenta creencias que indican predominio de foco externo de control de causalidad; apenas 12,3% presentan predominio de foco interno de control. Estos datos indican que prácticamente nueve de cada diez individuos está convencido de que los cambios en su entorno vital responden a causas que escapan de su control. Seméjante creencia se traduce en fenómenos como el bloqueo de la iniciativa individual, escasa motivación para la participación en procesos colecti-

vos, dificultad para vincular esfuerzos personales con logros, desconocimiento del mérito individual, creencia en que el mundo es problemático, complejo, irresoluble e injusto.

En el caso de la cultura dominante en la sociedad venezolana, a la creencia correspondiente al foco externo de control están asociadas otras creencias básicas acerca de la realidad que refuerzan aquella:

a. Que la sociedad venezolana es rica por disponer de recursos naturales abundantes.

b. Que todo ciudadano tiene derecho a disfrutar de bienestar social independientemente de sus prestaciones a la colectividad en términos de producción y participación en la vida colectiva.

d. Que la democracia es un medio para alcanzar fines particulares, y no un fin en sí misma en cuanto forma para resolver del modo más equitativo posible los conflictos de intereses en una sociedad de masas pluralista.

e. Que el modo de establecer relaciones equitativas en la sociedad es la intervención estatal (democracia intervencionista) y no la acción autónoma de los actores de la sociedad civil.

f. Que el papel del Estado debe caracterizarse por el asistencialismo paternalista y populista, en lugar de ser árbitro garante del orden abstracto de relaciones.

g. Que a los derechos reconocidos no les corresponde como contraparte derechos y obligaciones simétricos. Algo semejante sucede con los modos de evaluación o preferencias valorativas. Se construyó un índice que mide el predominio de modos o preferencias tradicionales y modernas. El cuadro 2 presenta la distribución de la población del área metropolitana de Caracas y la Región Central del país en relación a dicho índice:

Tabla No.2 Modos Valorativos
Población mayor de 18 años para 1997-98
Región Central y Gran Caracas

	Continuum	Bipolar
Moderno	0,40%	
Moderno Moderado	13,40%	13,80%
Tradicional Moderado	59,40%	
Tradicional	26,80%	86,20%

Fuente: Encuesta Determinantes Culturales, 1997-98